

# La agonía de un hombre

César Correa

Irremediablemente perdido, poca astucia me acompaña, y la sombra de mis días parece más un sol en su ocaso. Decid que soy nadie, que sólo tengo preguntas y que los escritos que hoy leerás de mí son sólo ambiciones.

Como pedazos de cristal recogía su alma de la calle, un rompecabezas multiforme y multicolor que se deshacía en sus manos como arena al levantarlo. El silbido de la vida se agolpaba en sus pulmones, ya incapaces de retener otra bocanada de aire; sin embargo, él todavía lo intentaba, aun cuando la sangre se le abarrotaba por la garganta, sus fuerzas no estaban dirigidas a levantarse del suelo, sino a una vaga esperanza, el destello de un pensamiento en su mente le decía que aún podía devolver esa corriente carmesí a las arterias y venas, que ahora clamaban porque se generase en las aberturas una costra de esa sangre que hervía de ganas de vivir, de tener unos minutos más, para que alguien lo viniese a rescatar de la mano siniestra que apretaba su corazón. El viento se compadeció de él, cerró sus inermes párpados, el frío de la noche semejaba la tristeza que sentía la soledad de la calle en la que el dulce líquido todavía brotaba. La luna desapareció del firmamento, las estrellas hicieron de cortejo fúnebre, un perro callejero sintiendo todavía un poco del calor del cuerpo, se recostó a su lado manchando su pelaje grisáceo en la sangre que ya había dejado de brotar y que con la llegada del amanecer habría de convertirse en preciosos cristales rojos. El perro lanzó un quejido, que bien pudo haber sido el último sonido del muerto, y como suele pasar en este tipo de situaciones, el silencio del arma homicida se negaba a compartir su llanto con el mundo.